

FERNANDO PARRA NOGUERAS

*Herida y ventana*



Una novela sobre la depresión y el amor  
cuya prosa aspira a crear belleza en el dolor



Herida y ventana

Fernando Parra Nogueras

## Herida y ventana

COLECCIÓN  
LITERADURA



Primera edición: octubre de 2025

© Fernando Parra Nogueras, 2025

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
www.funambulista.net

IBIC: FA  
ISBN: 979-13-990383-4-7  
Dep. Legal: M-19805-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La cuesta de El Noguero*, © Beatriz Pastor, 2025

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# Herida y ventana

«... fanno dolore, e al dolor fenestra».

DANTE ALIGHIERI: *Comedia*, Inferno, Canto XIII, v. 102

*A mi familia, que cada noche, sin faltar una,  
subió conmigo la cuesta de El Noguero.*

*A Bea, siempre.*

*A los que quisieron quedarse.*

AL LECTOR

Cuando hablo de ti, no te robo nada: te estoy contando  
y me cuento. Cuando hablo de mí, mis palabras te incumben:  
me estoy contando y te cuento. Nos cuento.  
Estoy apelando a ti, te busco, nos busco en mis palabras.  
Te temo, pido mucho de ti.  
Te necesito.

(MARTA SANZ, *Los íntimos*, 2024)

ASÍ PUES, AQUÍ ESTOY. En esta casa nuestra a donde no pensé que regresaría y en este sofá que acoge ahora la versión menguada del hombre que algún día fui. Y no estoy muerto. Sobre todo, no estoy muerto. O eso creo. Aunque mi vida se halle congelada, como ese fotograma del televisor que lleva detenido en la pantalla desde hace ya demasiado tiempo.

El sofá sin ella es la intemperie. No importa que esté dotado de una moderna protección de viscoelástica o que nos costase en su día un ojo de la cara. En este momento, mi sofá es solo un flaco leño a la deriva en mitad del blanco glacial del mármol del salón. Su tapizado en marrón hace juego con el mueble librería, que preside un televisor de 65 pulgadas. Los libros flanquean el aparato, ninguneados, y un tanto acomplejados por el tamaño obsceno de la pantalla.

Pero, con la imagen congelada, el televisor parece un gigante bobalicon, disminuido e inepto, sin la galanura ostentosa de su sonido Dolby Atmos ni el vértigo de las secuencias sucediéndose en mitad del negro más puro del mercado. Tecnología OLED. ¿Qué sabrá la tecnología OLED de la negrura y de sus taludes?

La escena detenida espera obediente el capricho del dedo pulgar sobre el botón de pausa del mando a distancia. Soy ahora un dioscecillo con el poder de decidir sobre ese fotograma suspendido en el limbo digital de mi televisor, pero no sobre las cosas importantes del futuro, si es que existe algo parecido a un futuro para mí. Pienso todo esto engullido en mi carísimo sofá de viscoelástica a juego con mi mueble librería de libros resentidos, fijos los ojos en las letras de los créditos congelados de *This Is Us*. El mismo sofá donde ella no está sentada ahora; su hueco vacío, a mi derecha, es aquel Maelström del que habló Edgar Allan Poe en uno de sus relatos fantásticos. El vórtice donde me hundo. Quisiera hallar algún recurso más poético, pero todos los que me gustan los ha usado ya Joaquín Sabina. Un sofá sin ti es una emboscada, el pasillo de un tren de madrugada, un laberinto sin luz, ni vino tinto, un velo de alquitrán en la mirada. Tarareo la canción de Sabina, pero la sílaba aguda de «sofá» produce una disonancia insatisfactoria. Aunque la daría por buena. Hace años que no soy capaz de concluir ninguno de los libros que

emprendo y me siento inclinado al plagio. Habría que buscar, eso sí, algún escritor ignoto, de Bután o de Timor Oriental, pero antes de que Occidente descubra su talento. Quizá algún poeta ruandés tenga una buena metáfora para mi sofá sin Bea. Ni siquiera sé si un sofá sin Bea es propiamente un sofá. El sofá es extraíble, aunque no tuvimos la precaución de comprarlo con los asientos motorizados, por lo que, cada vez que deseo alargarlos para convertirlo en *chaise longue*, debo empujar repetidamente con las caderas hacia adelante, como si copulase con el vacío, como si fornicase con la muerte a embestidas violentas y estériles, como si le hiciera el amor a la figura traslúcida de Bea, que no está sentada junto a mí en mi caro sofá de viscoelástica. Me siento muy ridículo con mi pijama de pelos y mi bata de señor mayor, bregando con el sofá, realizando esos bobos escorzos para sacar el asiento. Me he asegurado de que el suyo esté ya listo. Al mío le cuesta un poco más porque parece que las guías están oxidadas, como si mi asiento fuera una prolongación simbiótica de su dueño.

Ustedes creen que todo esto que les cuento tiene trazas de tragedia. Ustedes creen que el protagonista de esta historia ha perdido a su mujer, porque enfermó o porque se cansó de esperarlo, y que ahora se halla en el salón de su casa, donde una mesa baja acumula desperdicios desde quién sabe cuánto tiempo: latas de cerveza estrujadas y cartones de *pizza* malolientes a medio terminar. El protagonista vestirá un pijama

de pelos y una bata —de señor mayor hemos leído antes— a los que podemos añadir ahora varios lamparones de orígenes inciertos. El personaje estará sentado sobre su caro sofá de viscoelástica y habrá preparado el asiento de ella, como hacía cuando Bea estaba en su vida. Y ahora está esperando a que ella regrese de la cocina, como solía, con un cuenco de palomitas entre las manos, porque es sábado y los sábados toca ver *This Is Us*, que es la serie favorita de ambos, y toca manta y toca palomitas y toca encontrarse las manos dentro del bol, porque así lo exige el manido guion del imaginario romántico. Nuestro personaje, probablemente, habrá enloquecido y se comporte de un modo extraño. Es de esas personas que algunos días preparan la mesa para dos: dos platos, dos copas de vino, dos juegos de cubiertos, dos servilletas, aunque uno de los comensales sea su esposa muerta y solo comparezca a la mesa en la mente enferma del marido transido por la pena. Eso explica que ahora haya preparado el asiento de ella y que haya dejado congelado el inicio de la serie hasta que ella «llegue» con el cuenco de palomitas y se siente junto a él para ver *This Is Us*, como cada sábado. Pero en todo este tiempo en que andan ustedes leyendo estas divagaciones, Bea no ha vuelto de la cocina con ningún bol de palomitas; casi oyen ustedes el silencio rotundo en la casa de este escritor frustrado y roto, y la imagen en el televisor lleva ya mucho rato congelada, demasiado como para pensar

que el dedo cesáreo del hombre sentado en su caro sofá de viscoelástica vaya a pulsar el *play* en algún momento. Habrá quien crea todo esto y hasta quien lo desee. Hay un morbo inconfesable en asistir a la tragedia ajena desde el parapeto de nuestras vidas apacibles. Y al autor de esta historia quizás le vendría bien todo ese ditirambo del dolor. Daría pasto para esa novela que hace años que no escribe y quizás tuviera una buena recepción, sabedor como es de la carnaza literaria que consume el respetable.

Pero miren, no. No voy a dar pábulo a tales escabrosidades. Así que diré, por ejemplo, que, al cabo de un rato, enmarcada *beatíficamente* entre las jambas de la puerta del comedor, aparece Bea sujetando el bol de palomitas como si sostuviera entre las manos alguna suerte de tótem sagrado al que rendir culto. A paso lento, renqueante y con muestras de dolor, se acerca hasta el sofá, toma su asiento ya preparado previamente por él, le da las gracias por el detalle con una carantoña en la mejilla, dispone la manta en la que ambos se ovillan, coloca en medio el recipiente con las palomitas y ya el caro sofá de viscoelástica, que sin ella no había pasado de ser un catre mohoso en una celda de castigo del Medioevo, es al fin un sofá. La carantoña de Bea ha dejado una cálida tibieza en la piel de nuestro personaje. El gesto siempre le recuerda la primera caricia que le dio al despedirse en la estación, ella ya subida en el tren casi en marcha y él desamparado en el

andén, atesorando aquella mano sobre la mejilla, cuya ternura debía amortizar durante su ausencia, si es que esta no era ya definitiva y la caricia había sido solamente una última caridad. Ahora toma su mano confortado por aquel recuerdo y la nota caliente. La de él —la mía— está, en cambio, fría. Ya quedamos en que el sofá sin Bea era una intemperie y el Maelström de Poe; y que la escena de la serie estaba congelada, ¿se acuerdan? ¿Cómo no iba a tener yo las manos frías? Pero Bea y yo hemos desarrollado una suerte de sincronización merced a la cual compensamos nuestras respectivas temperaturas. Cuando ella tiene las manos frías, yo las tengo calientes, y viceversa. Es infalible. Nos gusta pensar que se trata de un mecanismo que nos permite el cuidado instintivo del otro. Algo en mi cuerpo me alerta de que Bea anda con frío y entonces se activa toda mi energía calórica para protegerla. Al revés ocurre lo mismo. Por eso ella tiene ahora las manos calientes y me resguarda de no sé qué frío de la existencia que se había apoderado de mí mientras ella estaba en otro planeta haciendo palomitas. Sí, en este momento tengo mis manos frías amparadas entre sus manos calientes, y Bea no está muerta, y yo tampoco, y el sofá es un sofá, y yo no soy yo, sino un nosotros, y acaban de aparecer Jack y Becky en el televisor. Y todo está bien. Todo está bien.

COMO SOY UN ESCRITOR de medio pelo y no tengo una agente literaria estilo Carmen Balcells que me solucione las grietas de la vida, a veces debo ir yo mismo a pasar la ITV del coche o a comprar al Mercadona. En honor a la verdad, es Bea quien se encarga con más frecuencia de esto último. Pero, desde que estoy de baja, soy yo quien acude al supermercado. Tras levantarme de la cama a una hora indecente, cuando el resto del mundo hace ya mucho rato que se afana por «levantar el país» (esgrimida la frase por algunos con una especie de orgullo obrero-patriótico), yo, que para los demás debo de ser poco menos que un parásito que sangra con sus bobadas las arcas públicas del Estado, voy a comprar al Mercadona. No por iniciativa personal ni por un arranque de responsabilidad que redunde en el gobierno común de la

casa, no. Lo que ha ocurrido es que he hallado sobre el mueble del recibidor la nota escrita a mano, con aquella caligrafía redonda, casi infantil, de Bea, con la lista de la compra. El mueble, un buró blanco desterrado de sus funciones de escritorio y degradado a mera cómoda ornamental (¿seré yo ese buró?), está coronado por un gran espejo. Un andrajo legañoso, con el pelo revuelto y en calzoncillos, se refleja en el cristal sujetando entre las manos la nota de Bea.

3 peras conferencia  
2 nectarinas  
  espinacas baby  
1 bolsa de rúcula  
gel de baño de argán  
  queso cottage  
  galletas para ti  
  palitos con sésamo  
  hierbas provenzales  
    cúrcuma  
    atún al natural  
1 caja de cola de caballo  
  1 paquete de leche  
  1 paquete de yogures  
granos de maíz para palomitas  
  ...

De repente han irrumpido las palabras del mundo exterior. Un mundo donde existen cosas como las peras conferencia. Aquí, intramuros, las palabras con las que convivo adoptan significantes alienados como paroxetina o bromazepam. Hay entre el queso cottage y la paroxetina, o entre el bromazepam y el gel de baño de argán una distancia cósmica que separa dos universos, uno sinestésico y otro esterilizado. El primero viene cargado de vívidos colores y aromas voluptuosos; de sonidos sugestivos, piel erizada y sabores succulentos. El crujido de la galleta remite a las merendolas de la infancia, cuando la vida y el mundo estaban aún por estrenar; el olor de las palomitas, cuando llega desde la cocina, trae la promesa del ocio compartido en la intimidad de un sofá con Bea; las hierbas provenzales transmiten la nostalgia de los viajes que aún no he hecho y que tal vez nunca haré; la cúrcuma y la rúcula se esdrujulan en algún verso de Rubén Darío. Si se pronuncia la palabra «sésamo», se abren todas las puertas de la imaginación y de la esperanza; la pulpa de la nectarina madura revienta en el lúbrico mordisco y empapa el bozo con su dulce jugo. El mundo y su tremolina están en esas palabras de la lista de la compra de Bea. Pero ¿qué aportan a los sentidos palabras como *benzodiazepina* o *diazepam*? Hay en ellas la asepsia de la bata de un forense, la luz blanca de una morgue proyectada sobre un cadáver

exangüe. La sofisticación de sus tecnicismos las aleja de la vida.

La primera vez que, desde mi enfermedad, acudí al supermercado con una de esas listas de la compra confeccionadas por Bea, me sorprendió la rapidez y la diligencia con que llevé a cabo el recado. Por regla general, el Mercadona es para mí un dédalo insondable de pasillos iguales a través de los cuales uno va encontrando, casi al azar, los productos que necesita. Sin listas de la compra todo es más sencillo. Acudir al supermercado sin tener presente el catálogo de víveres que reclama tu nevera es como visitar una librería o una tienda de ropa por el mero placer de hacerlo. Relajadamente, ojeas los libros o las prendas de los estantes y, cuando, por casualidad, te topas con un título persuasivo o con un jersey que parece pensado para ti, lo compras y listos. Del mismo modo, explorar ociosamente los pasillos del supermercado te regala el encuentro fortuito con comestibles que uno ni siquiera sabe que existen. Un jardín botánico de la gastronomía en el que, eso sí, se corre el peligro de llenar el carrito con manjares accesorios y caprichos sibaritas. Pero la lista de la compra, en cambio, te obliga a explorar el laberinto con unos objetivos claros, sin el deleitoso descuido del *flâneur* de supermercado. Hay que encontrar el pasillo de las espinacas baby y el de la leche y el del atún, y el más oculto y secreto donde se guarda la cola de caballo, que podría pasar perfectamente

por el vellocino de oro —tal es la dificultad para descubrir su ubicación— e ir tachando lenta y fatigosamente de la lista los hallazgos de la aventura. Y todo eso sin oír los cantos de sirena de la megafonía con aquellas ofertas irrechazables, ninguna de las cuales aparece nunca en las listas de Bea. Así que allí estaba, preparado para perderme entre corredores y estantes que indefectiblemente nunca vería aunque estuvieran a un palmo de mis narices, y dando vueltas y más vueltas por los mismos sitios en vano.

Tras tantos días encerrado en casa desde que llegaron las sombras, la excursión al supermercado resultaba un acontecimiento. Franqueé la puerta del recinto con una desconianza similar a la que sentía durante los breves lapsos de tiempo en que se nos permitía salir a comprar durante el confinamiento por la pandemia. Y aunque las personas se movían ahora relajadas, desenvueltas y hasta felices; aunque habían desaparecido las mascarillas y los guantes de látex y la obligatoriedad de los geles hidroalcohólicos y todos aquellos otros protocolos que ya parecían cosa de un mal sueño, yo penetré en el supermercado rígido, titubeante, estorbando el paso decidido y premioso de los demás compradores, desamparado con mi lista de la compra entre las manos, que los nervios y el sudor habían arrugado y reblandecido, ocupando el espacio mínimo de una baldosa cuyos límites me aterraba sobrepasar. Como si, cruzada su frontera, me fuera a

adentrar en un territorio inhóspito, temeroso de las personas y de sus rostros sonrientes y seguros de sí mismos. Luego, aterido de frío al pasar por los pasillos donde se encontraban los alimentos refrigerados, sentía el peso aplastante de la luz blanquísima de los fluorescentes, y deseaba huir de allí cuanto antes. Hacía meses que no salía de casa.

Intenté centrarme en la lista de Bea, su letra familiar y protectora que yo blandía como un talismán en medio de aquella hostilidad que solo mi mente aturdida concebía, y comencé a buscar los productos que en ella se enumeraban. Pronto noté que, tras las peras conferencia y las nectarinas, aparecía inmediatamente el pasillo de las espinacas baby y de la rúcula, y que al final de este, a mano derecha, se divisaban fácilmente los geles de baño, cuyo sector daba a parar a una intersección donde se alineaban los quesos. Y así, sucesivamente, yo iba tachando de la lista con una solvencia pasmosa los encargos de Bea.

~~3 peras conferencia~~  
~~2 nectarinas~~  
~~espinacas baby~~  
~~1 bolsa de rúcula~~  
~~gel de baño de argán~~  
~~queso cottage~~  
~~galletas para ti~~

palitos con sésamo  
hierbas provenzales  
cúrcuma  
atún al natural  
1 caja de cola de caballo  
1 paquete de leche  
1 paquete de yogures  
granos de maíz para palomitas

En el momento en que la sección de quesos dio paso al estante de las galletas, ya no tuve ninguna duda. Bea había escrito su lista trazando un hilo invisible que me conducía sin dificultad hacia todos los artículos del recado. Había dispuesto los productos respetando el itinerario de los pasillos donde los iría hallando si seguía el orden del encargo. Aquello no era una lista de la compra. Era un mapa del Mercadona. Espoleado por confirmar aquella sospecha, continué mi cometido aún con más brío, adelantando por la derecha a los demás carritos, seducido como un niño por la yincana que por sorpresa Bea me había preparado. Cuando, al fin, pagué orgulloso al minotauro de la caja y llegué con la compra a casa, el mismo espejo que solo una hora antes había reflejado la imagen de un desecho social enmarcaba ahora a Ulises en Ítaca, a Jasón triunfante de la cola de caballo, a Ben-Hur campeón de los carros de supermercado y a Teseo vencedor

del laberinto, todos a la vez. Mientras colocaba la compra en la despensa y en la nevera, oí de pronto el familiar tintineo de las llaves de Bea en la cerradura:

Ariadna.

I

INFERNO